

LA OPINIÓN MILITAR ESPAÑOLA SOBRE LA PÉRDIDA DEL LAS COLONIAS EN 1898

CARLOS BARRACHINA LISÓN
Universidad de Quintana Roo de México
barrachina@correo.uqroo.mx

Fecha de recepción: junio de 2006

Resumen

La reacción española tras la pérdida de las colonias de ultramar fue dura. Se acusa a los militares de ineficacia y de haber llevado a la derrota a los españoles. Éstos se sienten agredidos por la opinión pública, y reaccionan criminalizando la política, y reclamando más autonomía. Este artículo se centra en estudiar las principales interpretaciones que los militares españoles hicieron sobre la derrota. Con actitud defensiva, tratando de "salvar su honor", los militares españoles critican con dureza las medidas políticas que les condicionaron, y "justifican" sus actuaciones como las únicas posibles. Del texto se deriva que los militares españoles no midieron bien al enemigo que tenían enfrente, y que confundieron el proceso de independencia, y los deseos de los diferentes pueblos, con la sublevación de unos pocos "rebeldes indeseables", que podían ser neutralizados exclusivamente a través del uso de la fuerza. Su derrota la justifican por los cambios que los políticos españoles hicieron sobre sus estrategias, y por la participación clave de las fuerzas militares de los Estados Unidos, que intimida a los políticos españoles condicionando la retirada. Los militares no se sienten derrotados en el campo de batalla, y piden explicaciones a la sociedad española, sin mostrar ningún atisbo de autocritica.

Palabras clave: Militares, Cuba, Independencia, Opinión pública, 1898

Abstract

Spanish reaction to losing her overseas colonies was a tough one. The Spanish military establishment was accused of being inefficient and of leading the Spaniards to defeat. The military establishment were hurt by public opinion and they reacted by criminalising politics and demanding greater independence. This article focuses on the main interpretations made by Spanish military officers of the defeat. On the defensive, trying to "save their honour", Spanish military officers were highly critical of the political measures that constrained them and they "justified" their actions as the only ones possible. From the text, one can deduce that the Spanish officer class misjudged the enemy they faced, and they mistook the process of independence and the wishes of the different peoples, for an up-rising by a few "undesirable rebels", who could only be neutralised by the use of force. They explain their defeat by the changes made by Spanish politicians to their strategies, and by the key participation of the military forces of the United States of America, which intimidated the Spanish political class, leading to retreat. Spanish officers did not feel defeated on the battle field, and they demanded explanations from Spanish society, without showing the least sign of self-criticism.

Key words: Military officers, Cuba, independence, public opinion 1898.

1. INTRODUCCIÓN

La pérdida de Cuba, las Filipinas y Puerto Rico en 1898 es un hecho clave que influye en la formación y en el futuro carácter socio-político de las fuerzas armadas españolas como institución. Al ser uno de los sectores de la sociedad española más directamente afectada por la demanda de responsabilidades que nace tras el “desastre”, es una de las organizaciones que más reflexiona sobre lo que éste supone, realizando un esfuerzo apasionado de definición y comprensión. ¿Qué es el desastre?, ¿por qué se produce?, ¿quién es responsable?, ¿qué conclusiones podemos extraer de éste? Estas preguntas ya sea de forma intuitiva o consciente se la realizan los diferentes analistas militares de la época, rescatándose en este trabajo algunas de las publicadas entre 1898 y 1909¹.

El ejército es acusado por agentes sociales como responsable de la pérdida de las colonias, y éste reacciona con la reflexión, y después con la acción². En las próximas páginas se analizará el desastre desde el punto de vista de los militares relacionados con el ejército español que pensaron y escribieron sobre este tema. Sus conclusiones son importantes para entender el futuro carácter socio-político de esta institución en el seno de la sociedad española. Con el objetivo de mantener una distancia crítica con las fuentes utilizadas, se contrastan estas opiniones con otras provenientes tanto de la historiografía académica cubana, como española, para tratar de afinar en mayor medida una interpretación que también contribuya de una forma equilibrada a explicar los últimos episodios de la administración colonial, su gradual flexibilización final y la importante actuación del gobierno estadounidense.

Los autores militares analizados son conscientes de que para entender este fenómeno, no se debe únicamente describir los encuentros armados que tuvieron norteamericanos y españoles en la primavera-verano de 1898. Como mínimo se ha de situar el ambiente político, y la realidad colonial de los años inmediatamente anteriores, así como el contexto internacional en el que se sitúan los hechos.

2. EL CONTEXTO COLONIAL Y SUS PROBLEMÁTICAS

Ya en la década de 1880 algunos estudiosos, como Francisco Javier de Moya (1883:352) o Leopoldo Scheidnagel (1881) critican la organización administrativa y la política colonial española, proponiendo las correspondientes reformas³. En este caso las colonias asiáticas, aunque consideradas una provincia más de la patria, están abandonadas a su suerte, permaneciendo en un aislamiento lamentable. El personal europeo siempre se encuentra de paso, por efecto de la legislación, lo cual impide que pueda crear sus propios intereses en las islas. Por otra parte, la influencia, el favor personal y la corrupción siempre se imponen por delante del mérito y esto genera agravios comparativos entre la población. El caso de Cuba y Puerto Rico no es diferente. Afirma Efeele (1901:9) que nadie ignora que los vicios de la administración colonial han tenido parte importante en la génesis de las insurrecciones, llegando a concluir que en España en lugar de seleccionar al personal destinado a Ultramar, se envían los desechos de todas las procedencias, mandándolos allí a modo de condena, como si por el hecho de cruzar el océano dejaran de ser funcionarios españoles. Otros personajes que también acuden son los que quieren hacer fortuna, siendo difícil así formar una administración

correcta, y mantener el prestigio de la metrópoli⁴.

Fernando Primo de Rivera (1898:7-10)⁵ además de confirmar todas estas afirmaciones se queja de la poca maniobrabilidad que tiene el gobernador general en la toma de decisiones políticas. La mayoría de éstas se toman en Madrid, donde no se tienen en cuenta, en la inmensa mayoría de los casos, las necesidades políticas y administrativas de las regiones, ni las opiniones de los estudiosos. Se resuelve sin tener idea del ambiente, ni de las preocupaciones, ni de los gustos; los remedios siempre llegan tarde y la única política que puede llevar a cabo el gobernador es la de la represión de los descontentos.

Por si fueran pocos los problemas creados por la gestión española, los Estados Unidos parece que ambicionan estos territorios. El mayor del ejército alemán Kunz (1909:8-11) atribuye a este deseo el origen de muchos de los problemas. En 1823, el presidente Monroe proclama que ninguna potencia europea tenía derecho a ensanchar sus dominios en América. A partir de este momento los intentos por conseguir Cuba no cesan. El resultado de la guerra con México da ánimos a los americanos para exigir de España en 1848 la venta de Cuba, pero tal exigencia es rechazada. En 1849 y 1851 sendas expediciones equipadas en los Estados Unidos fracasan al intentar entrar en Cuba⁶. A pesar de los iniciales intentos de Francia e Inglaterra por convencer a Estados Unidos de que garantizara a España las posesiones, éstos no sólo no lo hacen sino que vuelven a intentar comprar Cuba en 1854. El Presidente Buchanan en 1858 y Johnson en 1867, según Kunz, recuerdan a España que no podía la venta de Cuba herir el honor español, puesto que, incluso Napoleón, había vendido la Louisiana años atrás.

Rechazadas estas pretensiones, Kunz argumenta que en 1868 estalla la insurrección en Cuba con el apoyo norteamericano, lo que defiende señalando la "evidencia" de que en 1873, por poner un caso, se apresura un barco que procedente de los Estados Unidos va lleno de refuerzos militares⁷. Según este mismo autor en 1875 por primera vez los Estados Unidos amenazan a España con una intervención armada, pero las mediaciones internacionales detienen la operación⁸. Finalmente la guerra acaba en 1878 con la concesión a los cubanos de los mismos derechos que cualquier otra provincia española.

Argumenta Kunz que la suma de las guerras civiles en España y la de los diez años en Cuba debilitan enormemente a este país, mientras, por otra parte los Estados Unidos cada vez se fortalecen más. En estas circunstancias sólo con una sabia política que hubiese implantado reformas se hubiera conseguido mantener la adhesión de la colonia⁹. Pero estas reformas no llegaron, estalla la insurrección y finalmente las potencias dejan de defender la posición española. En 1894 los Estados Unidos que ya habían revocado el tratado de comercio que tenían con España, establecen barreras aduaneras que provocan el aumento de la miseria en la isla, lo que se convierte en un factor más que coopera a que el 25 de febrero de 1895 se levante la primera partida insurrecta¹⁰.

Jover y Gómez-Ferrer (2001:429-458) tratan de interpretar la complejidad en la que se mueve la política exterior española desde la década de 1870 y de explicar las reacciones de la propia sociedad española en este período de fin de siglo. Cánovas tiene claro, según estos autores, que tanto por las difíciles condiciones económicas de España, como por la alteración del panorama internacional, se debía optar por una política de "recogimiento", que evitara compromisos que desviarían al país de sus

verdaderos intereses. El riesgo de esta "neutralidad", es que sin una alianza, será imposible conservar las islas en una época de gran competencia mundial. Cánovas se esfuerza, de esta forma, por presentar una buena imagen del estado español y en mantener con prudencia buenas relaciones con las potencias, a pesar de que es consciente de la decadencia histórica de España. Los liberales por su parte no están tan convencidos de que la política del "recogimiento lleve a buen puerto" y optan, no siempre con coherencia o prudencia, por la adhesión a la triple alianza bismarckiana. En 1895 Cánovas no renueva el acuerdo con los alemanes, por lo que la posición de España en 1898 será de total aislamiento¹¹.

La existencia de fuertes grupos de presión que no tienen interés en consolidar los procesos de autonomía en Cuba, la baja de los precios del azúcar¹² y la existencia fuera de Cuba de una importante emigración, organizada políticamente por Martí, que es sólida económicamente, y que se encuentra repartida fundamentalmente entre los Estados Unidos, México, Guatemala, Costa Rica, Venezuela, Santo Domingo, son varios de los factores que conducen inevitablemente al conflicto según Jover y Gómez-Ferrer (2001:443). Esto permite el pretexto para la intervención de un poderoso tercero que llega precisamente en esos años "al punto de su saturación preimperialista"¹³. Lo que constituye un problema histórico sin resolver, según estos autores, dando en cierta manera la razón a los militares de la época, son las motivaciones de la casi completa incapacidad de la elite política española para entender el problema a tiempo y darle una solución adecuada, y por otra parte el papel de la opinión pública, romántico y apasionado, que no contribuye a encarar con realismo el problema al enardecer a las muchedumbres y presionar a

los políticos en el camino hacia una guerra que no tenía posibilidad de ser ganada¹⁴.

3. INSURRECCIONES Y REACCIONES MILITARES

Finalmente estalla la sublevación¹⁵, Cánovas se da perfecta cuenta de los peligros de la intervención de los Estados Unidos, pero ni el ejército ni la opinión pública querían nada que no fuera la "política de la guerra" (CARR, 1990:371). Las guarniciones españolas son sorprendidas totalmente, ya que la mayoría de los soldados estaban rebajados de servicio, ocupados en tareas agrícolas al servicio de los propietarios de los principales ingenios (A+B, 1898:23-25). La importancia de la insurrección obliga a pedir con urgencia a la península hombres, material y recursos. Sustituido el general Calleja por Martínez Campos en el gobierno de la isla, éste intenta encontrar salidas pacíficas a la cuestión¹⁶. La principal medida militar que impulsa es la división de las fuerzas del ejército, en cuantos destacamentos le son solicitados por los propietarios para asegurar su seguridad. El resultado de ésta medida, según señala con acidez A+B (1898:37-44), será que la insurrección, que estaba reducida a una pequeña parte del departamento oriental, se extienda por toda la isla¹⁷.

La mayoría de los analistas estudiados, tratan de justificar desde su punto de vista, y con el máximo detalle posible, las acciones militares que van desde 1895 a 1898. El romanticismo y la parcialidad presiden las explicaciones. Así, mientras los militares y la prensa española tratan de "insurrectos" y "bandidos" a los cubanos en armas, la historiografía cubana tradicional los nombra por sus rangos militares, que son obtenidos con honor en el campo de batalla¹⁸.

Weyler publica unas extensas memorias, en las que trata de justificar sus actuaciones militares. Éste (1909:9-11) valora la paciencia que tuvo Martínez Campos para intentar la paz, cuando precisamente los alzados comandados por Maceo se imponían por el rigor, los incendios y el asesinato de todos aquellos que no les secundaban¹⁹. Éstas fueron las razones, según Weyler, de que la opinión pública y la prensa solicitasen su presencia en la isla²⁰. Éste que representaba una línea más “guerrera”, que la impulsada por su antecesor, llegó a la isla el 10 de febrero de 1896. Su línea de actuación fue desplegar:

La energía y el rigor debidos, que fue el principio en que inspiré mi proceder como militar toda mi vida, allí lo seguí, pero sin esa saña de que suelen hablar los aficionados a leyendas; en cumplimiento de mi penoso, pero honrado deber, procuré siempre batir al enemigo, privarle de recursos y evitar en lo posible las bajas de mis soldados (WEYLER, 1909:11).

La primera medida que tomó, conjuntamente con el general Federico Ochando, fue la creación de un activo Estado Mayor, cuyo primer encargo fue el de conocer cuál era la realidad exacta del ejército español, la situación de las tropas y de sus voluntarios, así como del material disponible. A partir de estos datos realizó nuevos pedidos de hombres y material²¹. Dividió la isla en tres cuerpos de ejército, dando instrucciones para que se procediera a la agrupación de las respectivas unidades. Ordenó que se constituyeran varias columnas homogéneas, con fuerza suficiente para resistir un ataque de la principal partida enemiga que hubiese en la jurisdicción, con el objetivo principal del restablecimiento de las vías férreas y telegráficas; indicó la conveniencia de

que se estudiaran los puntos estratégicos más principales que conviniese ocupar, y creó la línea defensiva de Mariel a Majana en ocho meses, posición de 34 kilómetros que tenía como objetivo aislar a Antonio Maceo en la provincia de Pinar del Río. Weyler pensaba que neutralizando a Maceo, se solucionaría buena parte del problema, debido a que este militar de raza negra era muy influyente entre los insurrectos que en su mayoría, según la opinión del general español, le seguían por motivos raciales²².

Por otra parte, dispuso una serie de medidas que le causaron graves problemas. La medida más polémica fue la concentración en los poblados de campesinos a fin de no tener espías del enemigo y de no facilitar a los insurrectos apoyo logístico²³. A + B (1898:82) defiende con energía la postura del general. Según este autor, se evitaron las consecuencias de una aglomeración de vecindario dictando reglas de higiene y disponiéndose zonas de cultivo en los alrededores de los puntos fortificados, para que no se careciera de subsistencias. Con esta medida, según A+B, se consiguieron varios logros positivos: a parte de mejorar el censo, que aumentó en un 10%, lo cual indica el volumen de fraude que había, no se destruyeron las zonas de cultivos más ricas²⁴.

Los americanos no estaban de acuerdo con este punto de vista, y a través de la comunicación del 28 de junio de 1897, provocaron un grave conflicto internacional, y protestaron en nombre de la humanidad contra esta medida²⁵. Otras posturas que le generaron enemigos importantes fueron las siguientes: dado el considerable número de fincas de importancia defendidas por destacamentos del ejército, se exigió a los propietarios que costearan las guarniciones, movilizándolo voluntarios, o creando guerrillas. Por otra parte como hubo informaciones que algunos

propietarios proporcionaban recursos a los insurrectos, con la condición de que éstos no impidieran las faenas de la zafra, el general publicó un bando prohibiendo la zafra. No cabe decirlo que, en opinión de los militares españoles, la indignación de los propietarios aumentó de forma considerable, y que esto ocasionó que transmitieran sus quejas a la opinión pública española²⁶.

En España la política emprendida por Weyler se convirtió en una baza electoral, y en motivo de lucha partidista. Tras el asesinato de Cánovas en agosto de 1897, y el ascenso de Sagasta, se le sustituyó del gobierno de la isla²⁷. Para los militares españoles este relevo se convirtió en una afrenta difícil de olvidar. No se entendía como se podía sustituir a un general "victorioso". Kunz (1909:11) no tiene reparo en afirmar que no existía ninguna duda de que los insurrectos hubieran sido derrotados más rápidamente, si no hubieran recibido un apoyo tan importante de los Estados Unidos (cifra en más de 60 expediciones las que entre 1895 y 1896 desembarcaron en Cuba con hombres, dinero, armas y municiones). Por su parte A+B (1898:106) califica este relevo como una ofensa al honor de las armas, y una interferencia imperdonable del elemento político: "*convenía a un fin político que dejara el mando aquel General*".

Desde otra perspectiva, Calixto Masó se muestra muy duro con los resultados que Weyler obtuvo, señalando con rotundidad que éste fracasó ampliamente. Así va comentando los diferentes objetivos que el general se había marcado, y los va contrastando. El primer fracaso fue que a pesar de la inferioridad numérica con la que combatió Maceo en occidente, su muerte se debió más a un accidente que a los planes del capitán general. El segundo tiene que ver con la campaña contra Máximo Gómez, que se burló de las

numerosas columnas que Weyler destacó en su persecución, sin lograrse, a pesar de los comentarios del general, la pacificación de las provincias occidentales. En tercer lugar ni la trocha de Mariel a Majana, ni la de Júcaro a Morón, reconstruida en 1897, no impidieron el paso a las fuerzas mambisas. En cuarto lugar, Calixto García dominaba Camagüey y oriente y dominaba completamente los campos, obligando a los españoles a salir sólo protegidos por fuertes columnas por miedo a ser atacados. Finalmente la política de reconcentración no afectó a los mambises, acentuó la inestabilidad económica y social y predispuso contra España a la opinión pública de los Estados Unidos, hábilmente sugestionados por la prensa estadounidense, y la actuación de los representantes cubanos en ese país (MASÓ, 1998:386).

Según Masó (1998:408-409) en 1898 era evidente que España no vencería a los cubanos, por que éstos contaban con ayuda del exterior, ya que la escuadra española nunca fue un obstáculo para la llegada de las "expediciones", y un importante porcentaje de la población apoyando²⁸, y el ejército español no contaba con los medios para vencerlos. En su opinión la participación de los Estados Unidos sólo adelantó un hecho que se precipitaba.

El 30 de octubre de 1897 el General Blanco tomó posesión del mando. Su presencia representaba la implantación del régimen autonómico con las mayores garantías posibles de sinceridad. En enero de 1898 se constituyó el nuevo gobierno insular, y el 4 de mayo fue abierto solemnemente el Parlamento cubano. En opinión de A + B (1898:114) los principales cabecillas de la insurrección animados con el relevo de Weyler, que se atribuyó a la presión norteamericana, volvieron a organizar sus partidas, y actuar con total libertad²⁹.

El caso de la insurrección en Filipinas es sensiblemente diferente, aunque responde a similares circunstancias. El general Blanco era el gobernador general, cuando en agosto de 1896 estalló la rebelión tagala en la provincia de Cavite. Las tropas españolas se encontraban en ese momento luchando en Mindanao, que estaba entonces, a tres días de navegación. Por este motivo la isla de Luzón estaba desgarnecida, y la insurrección se expandió rápidamente. A + B (1898:124-127) atribuye también a la poca visión, y a la confianza que tenía el gobernador en determinadas personas cercanas a la insurrección, la culpa de un alzamiento identificado tardíamente. Con su sustitución por el general Polavieja, que llegó con 24.000 hombres, la política española en Filipinas cambió radicalmente. Éste, como Weyler practicó una seria política militar, atacando sin contemplaciones a los rebeldes. Iniciado el plan pidió 20.000 soldados más, y al no serle concedidos dimitió del cargo.

El 22 de marzo de 1897 fue nombrado Primo de Rivera gobernador del archipiélago. Según un cálculo del mismo general (1898:24), el número total de insurrectos, a su llegada a la isla, se podía calcular en unos 25.000, y el de las armas de fuego que éstos poseían en unas 1.500. Inicialmente su política siguió la diseñada por su antecesor. Combatió al frente de sus tropas, y aisló a la rebelión en las montañas. Su estrategia consistió en tomar todos los poblados que estaban en manos rebeldes, fortificarlos con sus tropas, y obligar a los insurrectos a salir de las montañas para alimentarse. Dada su superioridad militar no tuvo problemas en seguir este planteamiento. Rechazó de plano solicitar más soldados, especialmente cuando estaba próxima la estación de las lluvias, ya que:

Dominada la provincia de Cavite; no poseyendo la insurrección ni el más insignificante pueblo; reducida su vida a perpetua condenación en los montes; sin medios, ni moral para intentar nada serio (...) ¿qué me propondría hacer con 28.000 o 30.000 hombres más? A los que tan ligeramente y con tan poca piedad me han tratado, yo les contestaría que no nos darían una pulgada de terreno sobre lo que poseíamos. (PRIMO DE RIVERA, 1898:61-62).

Aguinaldo y los suyos finalmente fueron localizados en el poblado de Biacnabat, y el general, apremiado según afirma por el gobierno, para que acabase con la insurrección; confiado en poder volver a derrotar a Aguinaldo en este poblado, como había hecho en todos hasta el momento, pero no pudiendo asegurar su captura, ni la de las armas, decidió plantear al gobierno el siguiente dilema: o bien se compraba a los cabecillas de la insurrección con una suma importante de pesos, a cambio de su exilio, y de la entrega de las armas, o bien se continuaba con la lucha por un tiempo indefinido. Además concluía que el ofrecimiento de reformas políticas no conduciría a respuestas positivas, ya que <<pelean por la independencia; venciendo de uno o otro modo se podrán dar o imponer las reformas que convengan>> (PRIMO DE RIVERA, 1898:127).

El general confiaba que la compra de Aguinaldo y su exilio a Hong-Kong desprestigaría a los cabecillas de la insurrección, y conjuraría momentáneamente el peligro, afirmando que:

No bastan las fuerzas militares, por numerosas que sean y por bien dirigidas que estén, para apagar el fuego, ni aún siquiera para contenerlo. Son indispensables otras fuerzas que obren material y

moralmente, y éstas han de salir precisamente de la esencia de la sociedad (...) Una población de 6 a 8 millones de habitantes, distribuidos en mil islas, no pueden ser sometidos sino por su voluntad, porque nos crean mejor que cuanto la revolución les promete. (PRIMO DE RIVERA, 1898:111).

Firmado el pacto de Biac-na-bató, desde el 12 de diciembre de 1897, hasta marzo de 1898 no volvieron a producirse problemas en el Archipiélago.

4. LA INTERVENCIÓN ESTADOUNIDENSE Y SUS CONSECUENCIAS

Los hechos que condujeron a la intervención americana son muy conocidos³⁰, no obstante y a pesar de ello, procederemos a describirlos brevemente, para situar este comentario. El 4 de marzo de 1897 abandonó Cleveland la presidencia de los Estados Unidos, y le sustituyó McKinley, recrudeciéndose entonces las posiciones de la política americana. Como se ha indicado anteriormente el secretario de estado Sherman, provocó un incidente diplomático el 28 de junio, protestando contra la concentración de habitantes que Weyler había impulsado. Además ante la insistencia de Lee, que era el cónsul Americano en Cuba, a finales de enero de 1899 entró en el puerto de la Habana el buque de guerra de la escuadra americana "Maine", con la excusa de restablecer la antigua costumbre de visitar los puertos amigos. El 16 de febrero una explosión, que los americanos atribuyeron a un elemento externo del buque, destruyó el crucero y produjo 250 víctimas de su tripulación. Esto causó un gran revuelo en la opinión pública norteamericana, que todavía se encrespó más, cuando se publicó íntegra en el "Journal" una carta privada, que se le interceptó, al

embajador español en los Estados Unidos Dupuy de Lome, y dirigida a Canalejas, en la que el primero opinaba negativamente sobre el presidente americano³¹. El 9 marzo el Congreso americano concede 50.000.000 de dólares para preparar la guerra, y el 23 de marzo McKinley plantea un ultimátum al Gobierno español sobre la necesidad de que acabara la guerra en Cuba a través de Woodford —embajador de los Estados Unidos en Madrid—. El 25 de abril el congreso americano declara la guerra.

La guerra tanto en Cuba, como en las Filipinas, nace viciada ante la desproporcionada diferencia de las dos escuadras marítimas. El control de la costa es fundamental para transportar soldados de un lugar a otro, para dotar de recursos alimenticios a las tropas, y para mantener el contacto con la metrópoli. Por otra parte la destrucción de las dos escuadrillas españolas, la primera dirigida por el almirante Montojo en Cavite, y la segunda por Cervera en Santiago de Cuba, no sólo desmotivan a las tropas españolas, sino que dan ánimos a los insurrectos para seguir luchando, y a los americanos para no cejar a pesar de los numerosos problemas que tienen con su logística.

La primera escuadrilla destruida fue la dirigida por el almirante Montojo. Conocedores de su inferioridad intentaron protegerse tras la artillería de costa, pero no fue suficiente. Primero marcharon al puerto de Subic, pero al darse cuenta de la precariedad de las baterías defensivas instaladas, finalmente se instalaron ante Cavite. Un voluntario que escribió diariamente las impresiones que le causaba el sitio al que fue sometido Manila escribía el 29 de abril lo siguiente:

Yo no me forjo ilusiones; van a la derrota, al sacrificio de sus vidas en holocausto de la patria. Todos los barcos son de

madera, sin protección, con muy poca artillería, con las máquinas descompuestas algunos de ellos; y en estas condiciones, ante la enorme superioridad de las naves americanas que llegarán de un momento a otro, tienen que ser destruidos a las primeras andanadas de ésta. (TORAL, 1898:67).

Efectivamente el 1 de mayo se presentaron los americanos al mando de Dewey, dejando un balance, de 101 muertos y 78 heridos (TORAL, 1898:74)³², además de todos los barcos incendiados y hundidos. La lucha duró escasas horas, interrumpida brevemente para que los americanos pudieran desayunar. A partir de este momento se inició el sitio de Manila.

El caso del desastre de Santiago de Cuba fue otra crónica anunciada. Gracias a la publicación de la correspondencia del almirante Cervera³³, se puede ver los repetidos intentos que éste hizo, para convencer a los responsables políticos, que no tenía la más mínima posibilidad de resistir en un combate con los americanos. Sus barcos no eran de madera, como en Cavite, pero eran muy inferiores a los americanos; y por si fuera poco no podían aprovechar sus potenciales ventajas: no tenían artillería suficiente, ni munición adecuada. Algunos barcos tenían la maquinaria estropeada, y estaban sucios después de una larga travesía, impidiendo que alcanzaran sus velocidades potenciales; además el poco carbón que tenían era de mala calidad³⁴.

Ante la realidad que se presentaba Cervera sólo pudo llegar a Santiago de Cuba, y encerrarse en su puerto. Debía haber atracado en la Habana, donde existía una defensa marítima³⁵, que quizás le hubiesen permitido defenderse con mayor éxito, pero las circunstancias logísticas se impusieron, y tuvo que detenerse en Santiago a repostar. Esta ciudad no

estaba preparada para poder abastecer rápidamente a la escuadra, y los cuatro barcos españoles, quedaron pronto encerrados por la armada americana. Cervera se resistió todo lo que pudo a zarpar con sus barcos, y explicó en nuevas cartas exactamente lo que le sucedería después.

El 3 de agosto ante la orden del general Blanco, y cuando los americanos cercaban ya por tierra Santiago, salió del puerto con la intención de escapar. Pero no fue posible:

Los americanos apenas recibieron daño, en tanto que nuestros buques quedaron destrozados, por el incendio, principalmente. Los yankees sólo tuvieron un muerto y un herido a bordo del Brooklyn, y nuestra escuadra tuvo 350 muertos y ahogados, 160 heridos, 70 oficiales y 1600 hombres prisioneros (GÓMEZ NUÑEZ, 1899c:208).

La guerra que se inició tenía unas características muy definidas al realizarse sobre islas muy extensas, y con dificultades en las comunicaciones. Esto permitió a los americanos y a los alzados, dado que dominaban el mar, concentrar sus fuerzas sucesivamente contra cada grupo de las españolas, resultando su superioridad abrumadora. Según repiten diferentes analistas militares (GÓMEZ NUÑEZ, 1899 a:115-117; EFEELE, 1901:39), la política militar de España debía haber sido la de la concentración de las tropas sobre los cuatro o cinco puertos principales, pero entonces hubiera existido el problema de cómo alimentar a tantos soldados.

A pesar de ser declarada la guerra el día 25 de abril, el 22 ya había sido divisada la escuadra americana frente a las costas de la Habana. Ésta se situó fuera del alcance de las baterías, e inició el bloqueo marítimo de la ciudad:

La escuadra enemiga que hizo su aparición frente a la Habana, era la denominada del Atlántico del Norte al mando del almirante Sampson, que hacía meses se organizaba en Hampton Roads, practicando en las costas de la Florida, y que desde la voladura del "Maine", se había establecido en Cayo Hueso, a pocas horas de las playas cubanas. (GÓMEZ NUÑEZ, 1899 a:67).

La escuadra volante del Comodoro Schey estaba anclada en Cayo Hueso el 19 de mayo, cuando se conoció la noticia de que Cervera iba a Santiago. Ésta rápidamente zarpó llegando el 29, seguida de cerca por Sampson que lo hizo el 1 de junio. Disponían los americanos en un primer término de 5 acorazados, 2 cruceros acorazados y 2 protegidos, y además tenían numerosos buques ligeros. En un inicio sus medidas consistieron en encerrar la flota española.

Establecido el bloqueo se hicieron fuertes en Guantánamo con el desembarco de 800 hombres, y prepararon la llegada masiva de tropas. El 14 de junio desde la bahía de Tampa salió la flota de transporte americana formada por 35 barcos que conducían a Cuba 15.800 hombres³⁶. Al encontrarse Guantánamo muy lejos de Santiago, eligieron Baiquiri para desembarcar, iniciándolo el 22 de junio. Esta operación fue muy complicada. El desorden fue enorme: no había medios de desembarcar al ganado, que tuvo que ganar la costa a nado, pereciendo muchos animales en el camino, no estaba claro de quién era la munición, ni el material, ni siquiera los alimentos (muchos soldados pasaron hambre esos primeros días)³⁷.

Según los autores militares analizados, los españoles se limitaron a fortificar ligeramente Santiago, mediante el establecimiento de trincheras, y blockhaus³⁸, teniendo además una posición avanzada

en las alturas de San Juan, y un puesto fortificado en el Caney. Éste era un pequeño pueblo, situado en el camino de Guantánamo a Santiago. En estos dos puntos el 1 de julio se desarrollaron los dos combates más significativos.

El Caney estaba defendido por el general Vara del Rey y 587 hombres sin artillería, y fue atacada por la división Lawton compuesta por 250 oficiales y 5280 hombres, y la brigada Bates que contaba con 50 oficiales y 1060 hombres. El combate duró nueve horas, y la posición fue muy duramente defendida por los españoles de los que 158 cayeron prisioneros, 90 lograron huir, y el resto murió con su general.³⁹ Los americanos sufrieron un grave revés perdiendo 27 oficiales y 404 hombres (KUNZ, 1909:53-54).

La posición de San Juan estaba defendida por poco más de 200 hombres, y dos piezas de artillería, hasta que más tarde fue reforzada por 500 más a las órdenes del general Linares, que resultó herido en el combate; y fue atacada por la división Kent compuesta de 235 oficiales y 4860 soldados. En este combate murieron 130 españoles, así como 95 oficiales y 1307 soldados americanos. Finalmente la posición tuvo que ser tomada al asalto por el teniente coronel Roosevelt y la caballería — más tarde éste sería elegido presidente de los Estados Unidos —⁴⁰.

La escasez de recursos de las tropas españolas era acuciante, en estos combates la ración consistía en arroz con aceite, café, azúcar y aguardiente, agravándose más tarde por la escasez de agua. Por su parte los americanos también tenían sus problemas (el calor, y las lluvias, que inundaban las trincheras, hacían que sus soldados enfermasen de fiebre amarilla⁴¹), llegando a conocerse más tarde un telegrama de McKinley al general Schafter en el que le comunicaba lo siguiente: *Resistir, que con el ejército enfermo, o como esté, entrareis muy*

pronto en Santiago. He convenido con el gobierno de Madrid las bases de una capitulación y bastará cualquier pequeña o simulada escaramuza (EFEELE, 1901:60)⁴².

Tras la derrota de la armada española, que salió de Santiago tras la caída de las Lomas, el general Shafter invitó al general Toral (Linares estaba herido) a capitular, amenazándole con un inmediato bombardeo de Santiago. Finalmente después de las negociaciones se capituló⁴³. Incluidos los oficiales capitularon 23.726 hombres, entre los cuales, más de 12.000 no habían disparado ni un sólo tiro, comprendiendo esta rendición toda la parte oriental de la isla, con muchas guarniciones, que destacan los analistas militares, ni siquiera estaban amenazadas (KUNZ, 1909:46)⁴⁴.

Una vez logrado este acuerdo, los americanos centraron su ataque en Puerto Rico. Según Kunz (1909:80-85) en la Habana poseían los españoles una incontestable superioridad sobre los americanos, y éstos quisieron ejercer sobre España una presión definitiva para llegar a un acuerdo de paz definitivo, decidiéndose a atacar la isla de Puerto Rico. Si bien en esta isla no se habían producido insurrecciones armadas de importancia, como en Cuba y Filipinas, si que existía un sentimiento similar sobre su relación con la metrópoli.

Efeele (1901:68-71) critica la pasividad de la administración española para defender la isla; afirma que después de la voladura del "Maine" nadie se preocupó de reforzar convenientemente la isla. Según este autor en Cuba había fuerzas más que suficientes, para defender los puntos más importantes de la isla, durante mucho tiempo (es más los que habían no se podían alimentar correctamente), con lo cual lo razonable habría sido enviar tropas a Puerto Rico⁴⁵.

Pero esto no fue así, y entre la población se propagó el pánico. La destrucción

de la escuadra de Cervera y la rendición de Santiago, eliminaba el objetivo que ocupaba a los americanos, y centraba su atención en Puerto Rico. Efeele (1901:94) afirma que:

Puesto que no se trataba ya de contener un movimiento insurreccional, ni de oponerse al desembarco de expediciones poco numerosas, sino de hacer frente a un verdadero ejército, que según las noticias, debía elevarse a 30.000 hombres, con abundante artillería de sitio y de campaña, sólo dos planes realmente distintos podían adoptarse para esto: concentrar todas las fuerzas en las inmediaciones de la capital para defender obstinadamente sus avenidas, primero, y después el propio terreno de la plaza, o dejar solamente la guarnición indispensable para su seguridad y buscar la defensa con el grueso de las fuerzas sobre las montañas del interior de la isla.

En la madrugada del 25 de julio apareció la primera expedición americana, penetrando sin obstáculo en el puerto de Guánica, situado al Sur, y dando inicio al desembarco de las fuerzas. Kunz (1909:85) cifra las fuerzas americanas en 597 oficiales y 15.535 soldados, y analiza las operaciones de transporte de las tropas. Según el mayor alemán esta vez las operaciones de embarque de las tropas fueron más ordenadas, y todas las provisiones, así como la salud y la disciplina de las tropas fue mejor. El 21 de julio embarcaron en Guantánamo 139 oficiales y 3445 hombres pertenecientes a los últimos refuerzos que habían llegado, y que apenas habían sido atacados por la enfermedad, también lo hicieron desde Charleston otros 162 oficiales y 3150 hombres⁴⁶. La lucha en Puerto Rico fue breve, y condicionada por las conversaciones de paz. Las tropas españolas, según los militares

españoles, no habían sido derrotadas, y fue el protocolo del 12 de agosto el que cerró la crisis.⁴⁷

Gómez Nuñez (1899b: 144) concluye su explicación sobre la crisis en las antillas afirmando que el ejército español estaba intacto y dispuesto a luchar, a pesar de que cayera como una bomba el desastre de la escuadra. No obstante se contestaba desde la península, que era inútil toda resistencia, salvado ya el honor de las armas; que no conduciría a otro resultado que a rendirse por falta de municiones y víveres, ya que el trabajo del enemigo sólo se reduciría a persistir en el bloqueo⁴⁸. Además a esta realidad se imponía, el rechazo de los nativos, que colaboraban con los americanos, y dificultaban la defensa; y la preocupación de un posible ataque de los Estados Unidos incluso a la propia Península, a las Canarias, y a las Baleares:

Por lo cual era deber de todo Gobierno evitar esos males, poniendo término a la lucha desigual y desastrosa, pues de otro modo, rendida Cuba por hambre, pérdida Manila, rendido Santiago, perdido Puerto Rico, bombardeadas las poblaciones de nuestro litoral, la paz sería imposible y todo habría acabado (GÓMEZ NUÑEZ, 1899b:144).

Los orgullosos autores militares españoles en sus análisis, defendiendo el honor profesional, no son capaces de reconocer el dolor que esta guerra está causando en el seno de la sociedad española. El 1 de marzo de 1897, a pesar de que los muertos en combate no eran muy numerosos, apenas 2.018, sin embargo más de 53.000 habían muerto por enfermedad, y 8.200 habían sido declarados inútiles (PERINAT, 2003:358). Además según la revista realizada por el ejército el 10 de agosto de 1897 de los 165.427 soldados en activo, 28.972 estaban enfermos (PERINAT,

2003:360). El inspector médico Fernández Losada en noviembre de ese mismo año informaba al gobierno —según recogía el Diario de Barcelona en su edición de 10 de diciembre— (citado por PERINAT, 2003:372), que los soldados estaban agotados por fatiga y mala alimentación, que existían 32.000 enfermos en los hospitales, pero que en las columnas había un número crecido de anémicos debilitados, quejándose del poco caso que le hacían los oficiales militares en relación a la prevención de esos problemas. El “Diario de Barcelona” aprovechaba para señalar la preocupación que estaba en la calle, y que había llevado al agotamiento social: *hemos enviado a Cuba a 200.000 hombres sin preparación, recién salidos de sus casas, y a estos infelices les ha faltado comida, abrigo, hospitales, médicos y medicinas; también han sido mal conducidos y, seguramente mal mandado*. Esta lamentable situación la reconocía incluso con mayor gravedad, en su informe de asunción de mando, el capitán general que sustituía a Weyler, con fecha de 30 de octubre, al señalar que se desconocía la verdadera situación del ejército. Blanco señalaba que ya habían tenido 50.000 bajas, que había 40.000 enfermos y 50.000 convalecientes, y que para funciones activas en los destacamentos sólo podía contar con 50.000 soldados útiles (PERINAT, 2003:373)⁴⁹.

El caso de la guerra en las Filipinas es diferente, en tanto en cuanto, la presión de las fuerzas indígenas en los últimos momentos, cumplió un papel mucho más protagonista de la que éstas tuvieron en Cuba que se habían subordinado a los Estados Unidos y Puerto Rico. Después del desastre de Cavite, producido el 1 de mayo, la guerra se centró en el sitio de Manila, que finalmente capituló el 13 de agosto, un día después de firmado el protocolo de paz.

Rescatado Aguinaldo por los americanos de su exilio, regresó a la isla el 24 de

mayo, con otros cabecillas, y 25.000 rifles americanos a bordo del "McCulloch" *la noticia me causa más impresión que si hubieran desembarcado diez o doce mil yankees* (TORAL, 1898:138). Este regreso del líder natural de la insurrección, unido al penoso efecto que produjo el desastre de los barcos españoles en Cavite, hace que los nativos tomen definitivamente las armas contra los españoles⁵⁰. A fines de mayo los insurrectos eran unos 30.000 hombres, dedicándose a destruir los telégrafos y ferrocarriles, y a aislar y capturar a los pequeños destacamentos españoles. Éstos se encontraban diseminados por el vasto territorio, siendo relativamente fácil su captura, o su incomunicación⁵¹. Por si no fueran bastantes las fuerzas de la insurrección, batallones enteros de indígenas de tropas regulares y de milicias voluntarias se pasaron armados al bando insurreccional⁵².

Como se ha comentado la guerra se centró básicamente en la defensa de Manila. Los españoles situaron varias líneas defensivas, que se defendieron bravamente, y que ante la superioridad de los insurrectos fueron rebasadas, poco a poco. Efeele (1901:151) plantea que de haberse reforzado la guarnición de Manila, con las tropas que estaban diseminadas, se hubieran podido defender la línea del Zapote, y la del río de San Mateo, que combinadas con las montañas cercanas, hubieran constituido una fuerte barrera defensiva. El 6 de junio estas líneas quedaron superadas, quedándole a los españoles, los blockhaus y las trincheras más cercanas a Manila para su defensa. Ésta fue terrible ya que la mayoría de los soldados estaban anémicos y enfermos de fiebre. La resistencia duró hasta el 13 de agosto, en el que se entregaron a los americanos, para no rendirse a los insurrectos⁵³.

El 29 de junio cayó el depósito de aguas de la ciudad, si bien era poco preocupante

debido a la abundancia de lluvias de esos días; y el 30 se presentó el primer transporte de tropas americanas.⁵⁴ Las subsistencias en Manila empezaron a escasear, y la moral de las tropas cada vez se afectó más. Para acabar de redondear la situación el 10 de julio se supo que la escuadra del almirante Cámara regresaba a España, y que no acudiría en su defensa:

El desengaño ha sido horrible, ha matado todas nuestras esperanzas, ha cortado la corriente eléctrica que nos animaba aflojando nuestros miembros y la prostración nos invade. El regreso de las naves españolas supone la entrega de Manila. Hoy ha capitulado moralmente la plaza (TORAL, 1898:256-259).

Destituido el 4 de Agosto el general Agustín del gobierno de las Filipinas, y sustituido por Jáudenes, los americanos amenazaron el 7 de agosto con bombardear Manila. Éste empezó el día 13 y duró dos horas. Especiales circunstancias llevaron a la capitulación. Los efectos del bombardeo marítimo habían de ser desastrosos en un espacio ocupado por una población triple a la habitual, que además estaba compuesta en buena parte por mujeres y niños. Afirma Toral (1898:294) *que era imposible sostenerse allí mucho tiempo; era imposible continuar tan desigual combate, si combate puede llamarse a la imposible lucha de infantes cansados, contra cañones y barcos*. Asimismo Efeele (1901:157) concluye que el gobierno había dado órdenes, que en caso de rendición, siempre se hiciera ésta ante los americanos *la debilidad relativa de la guarnición y el número, así como la tenacidad demostrada por los insurrectos, hacían temer que de un momento a otro forzasen éstos la línea exterior, quedando a merced suya la parte más populosa de la población*.

A las cuatro y media del 12 de agosto se firmó el protocolo de paz, renunciando España a sus derechos de soberanía sobre Cuba, cediendo a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico, y estipulando que Manila sería ocupada militarmente por los americanos hasta que se diesen por cumplidas las condiciones del tratado de paz. Además se acuerda el nombramiento de comisionados para que en octubre en París se redacte el tratado de paz definitivo.

5. CONCLUSIONES: CAUSAS DEL DESASTRE SEGÚN LOS MILITARES ESPAÑOLES

Los militares españoles muestran muy poca autocrítica en sus planteamientos. Como se ha podido ver a lo largo del texto, y se señala a continuación, para ellos las causas y las responsabilidades de su derrota son más externas que propias. En ningún momento se señalan problemas con su estrategia, ni se recuerda la desmoralización que provoca la cantidad de bajas que se ocasionaron por causa de las enfermedades; tampoco se reconoce un status beligerante importante a los alzados independentistas que lucharon, especialmente en Cuba, durante un lapso importante de tiempo, poniendo en jaque a las fuerzas militares españolas. Los militares sintetizan las causas del desastre en tres bloques que se detallan a continuación.

Las primeras que se señalan son las que tienen relación con la política colonial. ¿Por qué se produce la insurrección?, ¿Qué fue lo que motivó el descontento de la población?

- Inexistencia de política colonial coherente, consensuada y definida. Cada cambio político en España afectaba gravemente las relaciones con la colonia.

- No se administra correctamente la colonia, favoreciéndose la corrupción, y las influencias.
- Excesivo centralismo en la toma de decisiones que afectan a la colonia. Esto impide la toma de decisiones ágiles y oportunas.

En segundo lugar se encuentran las que tienen referencia con la política internacional.

- España es una nación debilitada, mientras que los EEUU se encuentran en un momento de auge continuo. Esta realidad acaba definiendo el aislamiento internacional que se sufre.
- Los EEUU ambicionan las colonias españolas, y abonan política, económica, y militarmente las insurrecciones que debilitan la posición de España.
- Se teme un conflicto con los EEUU, intentando evitar lo inevitable. No se saben tomar las medidas políticas y militares adecuadas para la defensa, facilitándose enormemente la acción de los americanos.

En tercer lugar se presentan las causas relacionadas con la política militar.

- Excesiva importancia de los criterios "políticos", sobre los "militares". Ante la insurrección se cambia de criterios en los momentos más delicados, pasándose del acuerdo y la contemplación con la población, a la mano dura, y la eficacia militar. Para más tarde regresar a las concesiones.
- La imprevisión absoluta, ante una guerra con los Estados Unidos, impide la defensa adecuada: no se pueden reconcentrar las fuerzas militares para aguantar con garantías la invasión americana, y prepararse para una guerra larga que hubiera planteado dificultades a los americanos; no se preparan suficientes alimentos para aguantar una

campana de éstas características; no se refuerza convenientemente la artillería, ni se utiliza adecuadamente a la escuadra, estudiando sus características reales y posibilidades materiales.

- La rendición se produce sin que la mayoría de las tropas hayan luchado, a causa de la decisión “política”. Esto genera la imagen inmediatamente negativa que los españoles tienen del ejército, y el rencor que este estamento tiene más tarde hacia la “política”.

Mal gobierno en las colonias — corrupción y excesivo centralismo —, falta de visión política e indecisión de los políticos españoles, e interés de los Estados Unidos por ampliar su esfera de influencia, son los demonios que los militares españoles invocan para señalar las dificultades del contexto en el que se desarrolló el conflicto. A pesar de las circunstancias adversas, sin embargo, los militares se muestran convencidos que si los políticos les hubieran dejado actuar por la fuerza, hubieran podido acabar con los alzados — especialmente en Cuba —, e incluso con el tiempo, y contando con las bajas que las enfermedades producían en ambos bandos, incluso hubieran podido aguantar la presión militar estadounidense. El único factor que los militares señalan como posible impedimento para que este objetivo se pudiera lograr, era la dificultad para poder alimentar a los soldados — que cada vez se complicaba más, y que con un bloqueo naval efectivo, hubiera sido dramático —. Sin embargo, ni señalan las bajas por enfermedad, como un grave problema que no pueda ser solucionado con nuevos reclutas, ni reconocen que pudieron existir errores militares durante el conflicto.

La posición militar dominante, a pesar de las dudas ya señaladas de Martínez

Campos en Cuba, y de Primo de Rivera en Filipinas, es que la oposición política no era importante, y que por la fuerza todo podía ser enderezado. Lo que tampoco entienden, desde su particular lógica los militares españoles, es que la opinión pública en su propio país estuviera cansada de tanta sangría, que les hiciera regresar, y que les culpara de empecinarse en seguir manteniendo una guerra que se hacía insostenible, tanto por la perseverancia de los cubanos que luchaban por su independencia, como por el propio presupuesto nacional que se desangraba conjuntamente con una buena parte de la juventud española que tenía que ir a luchar sin las condiciones adecuadas.

Los militares españoles no perdonaron a su sociedad el tener que regresar “sin honor”, por lo que consideraron una decisión política que no tuvo en cuenta ni su opinión, ni su capacidad profesional, y menos toleraron las críticas que se les dirigían desde la sociedad. Se negarán a reconocer que fueron vencidos por unos rebeldes a los que despreciaban, y tendrán que justificar una salida más noble ante la intervención de un adversario mayor, como el que representaban los ejércitos convencionales estadounidenses. Estas enseñanzas sobre “el desastre del 98” pasan de generación, a generación militar en España, contribuyendo a ahondar tanto el deseo de autonomía profesional, como el convencimiento de que la política partidista es un mal a extirpar del que tienen que salvar a la sociedad española. Los africanistas compañeros de Francisco Franco crecieron con este sentimiento, que les llevó finalmente a romper la democracia española, que representaba la II República, y a apoyar una larga dictadura que acabó con la muerte del dictador en 1975.

NOTAS

- 1 A parte de las opiniones de los generales Weyler y Primo de Rivera, destacan las opiniones anónimas de dos trabajos escritos por militares, que se presentan bajo pseudónimo (A+B, y Efeele básicamente). También es muy interesante la opinión del mayor del ejército alemán Kunz, que hace un análisis muy favorable a los intereses militares españoles. Esta opinión es importante porque supone la confirmación de un oficial de un ejército muy admirado por los españoles de las bondades de la actuación militar española. Traducido al español, este trabajo se encuentra en buena parte de las bibliotecas militares españolas. El autor trabajó entre 1995 y 1997 en diferentes bibliotecas militares españolas en donde localizó la literatura citada.
- 2 La pérdida de las colonias, y la recriminación derivada de los sectores políticos y sociales españoles, hace que los militares en encierren mucho más en sí mismos. Es ésta una época en la que se alimentan viejas frustraciones en los cuarteles, y en las que se agudiza la voluntad "pretoriana" de muchos militares. Derivado tanto de estos sentimientos, como del tradicional "militarismo" arraigado en la sociedad española, se justificarán más tarde las dictaduras militares de los generales Primo de Rivera (1923-1930), y Franco Bahamonde (1939-1975).
- 3 A pesar de que no se pueda garantizar que el mero hecho de que estos libros se encuentren en bibliotecas militares españolas, signifique que los militares les leyesen, sí que es posible que militares ilustrados lo hicieran. Es muy posible que esta literatura influya en la posterior manera de pensar de los militares españoles.
- 4 Masó (1998:301) confirma esta opinión. La política del gobierno español se caracterizaba por la incompreensión, el partidismo y la defensa de privilegios. Los políticos españoles nunca comprendieron la realidad cubana, ni asimilaron la experiencia de la guerra, enfrentándose al problema de la colonia de forma irracional, sobretudo después de que gran parte de los cubanos habían expresado su voluntad de ser libres e independientes.
- 5 Además de general del ejército español, fue gobernador de las Filipinas.
- 6 Kunz no explica que la mayoría de estas expediciones fueron organizadas y financiadas por exiliados cubanos residentes en los Estados Unidos, como se muestra en el texto de Masó (1998).
- 7 Según Masó (1998:384) el éxito de estas operaciones tuvieron mucho que ver con la capacidad y la experiencia de los cubanos que integraban el Departamento de Expediciones, comandados por Joaquín Castillo Duany y Emilio Nuñez Rodríguez. Éstos supieron canalizar las contribuciones de carácter económico de cubanos en el exterior, y utilizaron de forma inteligente los recursos legales ante las autoridades de los Estados Unidos, que en la mayoría de los casos reconocieron los derechos de los cubanos. Masó señala que la guerra de independencia se impuso frente al ejército español, debido a las expediciones, que no sólo proveían a los combatientes de armas, vestuario y medicinas, sino que demostraban a los insurrectos que no estaban solos, y que contaban con el apoyo de los cubanos en el exterior.
- 8 El empeño estabilizador de Cánovas tuvo dos vertientes: lograr el apoyo alemán en las negociaciones, y asegurar la no intervención de los Estados Unidos, a través de una nota fechada el 16 de abril de 1976, por la cual el gobierno español se comprometía a que en el momento en que se pacificase la isla, se llevarían a cabo reformas, liberalizando el régimen, el orden administrativo y el político; que se promovería una gradual emancipación de los esclavos, se suprimirían trabas que entorpecieran el comercio de Cuba con los Estados Unidos, y se daría a Cuba representación política en las dos cámaras españolas (JOVER Y GÓMEZ FERRER, 2001:437).
- 9 En opinión de Carr (1990:365) incluso con mucha habilidad hubiera sido difícil evitar la independencia cubana, debido a las alianzas establecidas del separatismo cubano con el poder de los Estados Unidos.
- 10 Es interesante notar como este militar de origen alemán identifica los problemas políticos que llevan necesariamente a la guerra, y a la intervención de los Estados Unidos. A

- pesar de este reconocimiento, sin embargo, defenderá en su escrito que España hubiera podido conservar por la fuerza el control político de Cuba, independientemente de la presión de los Estados Unidos.
- 11 Para los críticos de Cánovas, quedó demostrado de modo claro que las realizaciones de éste como ingeniero político fracasaron. En su afán por lograr la estabilidad interior, había privado a España de los medios de defender su condición de gran potencia (CARR, 1990:365).
 - 12 La economía cuba se basaba en el venta de azúcar y tabaco al mercado estadounidense, y los cubanos consideraban que España por su política impositiva afectaba de forma grave sus intereses (CARR, 1990:367)
 - 13 Jover y Gómez Ferrer (2001:447) desarrollan una explicación detallada sobre el debate relacionado con los motivos de los Estados Unidos por intervenir en el conflicto hispano-cubano. En opinión de estos autores la historiografía actual tiende a subvalorar el deseo americano de ayudar al pueblo cubano, como motivación para la guerra. Los Estados Unidos no se apresuraron a entregar la administración de Cuba, y a pesar de que en el Congreso norteamericano impidió la anexión, la administración de McKinley deseaba controlar la isla. Masó (1998:395) se muestra de acuerdo con este punto de vista. En su opinión la cuestión del no reconocimiento del Gobierno cubano por el de Estados Unidos fue la consecuencia de la actitud de no comprometerse para el futuro. Una declaración reconociendo a los cubanos hubiese impedido que éstos ejercieran actos de soberanía sobre la isla de Cuba, y les hubiera dificultado negociar los derechos y privilegios del tratado de París, en el que Cuba no fue parte, y España cedía sus derechos sobre la isla. Sin embargo, es interesante mostrar la opinión de Carr (1990: 370-372) que afirma que tanto los presidentes Cleveland, como McKinley esperaban evitar la intervención mediante concesiones que aplacaran a los rebeldes, y que al mismo tiempo satisficieran a los españoles. McKinley, según Carr, no quería la guerra, y tampoco creía en la libertad cubana, quizás por ello su no reconocimiento; a pesar de ello no supo oponerse a la opinión pública. En 1898 sólo la independencia de Cuba hubiera evitado la guerra.
 - 14 Los autores militares discrepan en este punto, ya que señalan que si los “políticos” no hubieran intervenido la guerra era posible ganarla. Parte del agravamiento de esta frustración tiene que ver con la bienvenida que los militares tuvieron en España al concluir el conflicto. En cierta manera, como se ha señalado, la población les convirtió en los culpables de la derrota. Esto tensó la relación entre los militares españoles y la sociedad, y abonó un nuevo militarismo que se agravó en las guerras en África. El ejército consideraba que había conseguido sofocar casi por completo las insurrecciones y no se consideraba derrotado por las tropas norteamericanas. Los oficiales más idealistas quisieron recuperar el prestigio perdido en ultramar, y se ocultaron en el conflicto en el norte de África, aislándose de la dinámica política europea (PUELL DE LA VILLA, 2000:113-114). Una buena selección de textos de prensa de la época se encuentra en el libro de Santiago Perinat publicado en el 2003. Carr (1990:373) es rotundo al señalar, sin embargo, que España fue derrotada sin contemplaciones por una potencia extranjera, al que la prensa había enseñado a despreciar por su bajo nivel cultural. A pesar de que la imagen de España como gran potencia convirtió la derrota en un desastre moral, y que ésta afectó al sistema político, la acusación fue injusta porque entrando al siglo XX era imposible salvar los últimos restos del imperio colonial.
 - 15 Carr (1990:369) recoge la siguiente opinión de Martínez Campos <<los pocos españoles que hay en la isla sólo se atreven a decir que lo son en las ciudades; el resto de los habitantes odian a España>>.
 - 16 Como se ha señalado, Martínez Campos era consciente de los peligros políticos que se abordaban, y no creía viable una solución política fácil. En su opinión si la negociación fracasaba, sólo existía la posibilidad de una concienzuda represión militar, que además no solucionarían los problemas políticos. En el momento en el que comprueba que esa es la única solución presenta su dimisión, porque no quiere protagonizar un combate de ese tipo.
 - 17 Los oficiales militares desconfiaron de las soluciones políticas protagonizadas por Martínez Campos, y una vez concluida la guerra trataron de justificar que la única

solución posible en Cuba era la represión militar. Medidas como la protección particular de los partidarios de la corona española se criticaron por "políticas". El académico cubano José María Hernández (1999:52-54) matiza un tanto la frustración española dimensionando el número de las fuerzas respectivas. El ejército español sólo contaba en la isla en el inicio de la insurrección con 14.000 hombres, que se enfrentaban a una guerrilla móvil de 4.500 hombres. A mediados de 1896 las tropas españolas ya sumaban 80.210 efectivos. Martínez Campos enviado en abril de 1895 sólo pudo concentrar en Las Villas 25.000 soldados, y con ello no pudo detener la ofensiva de los cubanos. Perinat (2003: 148) recoge la cifra ofrecidas por "El Diluvio" el 5 de marzo de 1895 que básicamente coincide. Masó (1998:362) también señala la escasez de soldados, aproximándose a la cifra presentada por Hernández.

- 18 Calixto Masó, sobrino del presidente de la República en armas, es un claro ejemplo, también en este caso romántico, de la explicación de la guerra desde el lado cubano. Mientras Masó trata con un gran respeto a los militares cubanos, y les cita por sus grados militares, el lado español ignora estas circunstancias. Así Masó se refiere a Maceo como un competente militar que ostenta el grado de teniente general, mientras que la prensa española lo descalifica groseramente: "*El negro nunca fue un buen soldado. No conoce a su padre; su madre lo abandonó a los 8 ó 9 años; no asiste a las escuelas ni aprende oficio; aborrecido por los criollos, no recibe más que insultos; vive sin patria ni familia; se hace malicioso, vengativo y cobarde, amante de lo ajeno y asesino*" ("El Diluvio" 24 Agosto 1896. Citado en PERINAT, 2003:177). Perinat por su parte, (2003:286) cuestiona los grados militares otorgados a los insurrectos. En su opinión cada veterano tuvo su parcela de mando, llegándose al ridículo de crear regimientos de 30 ó 40 hombres, y brigadas que no sumaban 80 mambises. En realidad, señala Perinat con ironía, ninguno quería perder los generosos sueldos devengados en 28 de campañas y exilios.
- 19 Hernández (1999:52-53) explica la lógica de esta guerra de "tierra quemada". La táctica había sido ideada por el general Máximo Gómez durante la "guerra chiquita". Ésta consistía en avanzar hacia occidente para

destruir el corazón de la economía cubana, la rica región azucarera de Matanzas y la Habana. El elemento clave era convertir la isla en un lastre económico para España. Entre 1868 y 1878 le costó mucho implantar esta política por la resistencia de los mismos cubanos. Paradójicamente para Weyler, en 1895 Gómez tuvo la resistencia de Maceo, aunque finalmente su grado militar se impuso, y los rebeldes marcharon de una punta a otra de la isla reduciendo a cenizas algunas de las propiedades más valiosas de las provincias occidentales (lo que seguramente justificaba la concentración de tropas de Martínez Campos en los ingenios).

- 20 Es misma brutalidad, encarnada en este caso por Weyler, será la que movilizará a la opinión pública norteamericana a participar en el conflicto.
- 21 Las tropas en Cuba llegarían a ser de 181.000 soldados regulares y 70.000 voluntarios. Restándole las bajas por enfermedad se disponía de 111.000 regulares y 20.000 voluntarios (A + B, 1898:67). Existe poca variación sobre la cifra global de soldados que España consiguió reunir. Con mayor o menor precisión todas las fuentes coinciden en unos 200.000 hombres.
- 22 El 10 de noviembre de 1897 Weyler mismo se puso al frente de 18 batallones y 12 piezas de artillería para ir a buscar a Maceo. Éste consiguió esconderse con una reducida escolta, y se encaminó a cruzar la trocha de Mariel, utilizando un bote para salvar la ensenada con catorce acompañantes. Atravesado el obstáculo Maceo se puso al frente de los alzados locales, que cometieron una indiscreción con las patrullas españolas y fueron descubiertas. El día 7 de diciembre Maceo murió combatiendo contra la columna de San Quintín al cargar con 30 hombres a caballo contra la posición española que les rodeaba. La historiografía presenta diversas interpretaciones del hecho. Mientras Masó (1998:386) señala que éste fue debido más a un accidente, que a la estrategia de Weyler, Perinat (2003:325) se queja de esta versión, en buena parte señalada también por la prensa española de la época, y defiende que fue debida a la estrategia de Weyler que acorraló a Maceo, que tenía protegida la retaguardia de la trocha, y que consiguió seguir el rastro de los hombres de Maceo hasta completar su misión.

- 23 *“De los distintos bandos que dicté, fue el más censurado el relativo a la concentración, que evitaba el inútil derramamiento de sangre de mis tropas y los desembarcos de armas y municiones del enemigo; esta medida no tengo necesidad de defenderla (...) los ingleses la copiaron en el Transvaal y los norteamericanos en Filipinas y en Cuba en la última intentona insurreccional, así como todo mi plan de campaña.”* (WEYLER, 1909:11).
- 24 El bando de reconcentración está fechado el 21 de octubre de 1896. Masó (1998:385) señala que ocasionó un grave trauma psicológico y social para las familias y la sociedad cubana. En occidente la reconcentración ocasionó cerca de 200.000 víctimas *“Los que dentro del lapso concedido no se trasladan voluntariamente a las poblaciones más cercanas, después de ser incendiados sus bohíos y muertos sus animales, eran conducidos a poblados donde vivían hacinados en barracones iguales a los de los esclavos, recibiendo alimentación muy escasa, lo que les obligaba a estacionarse frente a los cuarteles para recoger los restos de las comidas. Se les sometía a una rígida reglamentación, exponiéndose a recibir un tiro los que de noche salían del barracón. Andaban cubiertos de harapos, ya que no se suministraba ropa nueva; de ahí que los que no perecían por las epidemias se desnutrían convirtiéndose en tipos famélicos”*.
- 25 Gómez Núñez (1899a:58-60) critica las intenciones americanas *“Por razones de moral universal, se han ocupado los estados de humanizar las guerras, dictando medidas generales, comprometiéndose todos a desterrar los procedimientos contrapuestos a la civilización y que produzcan perjuicios sobre los inocentes, los no combatientes, las mujeres, los niños, los enfermos, los inválidos, todos aquellos, en fin, que a nada conduce destruir y que es bárbaro mortificar. El bloqueo completo y largo, en las condiciones que lo sufrió Cuba, no es un medio de guerra, sino de opresión y de muerte, que pugna contra todas las leyes divinas y humanas, no obstante estar considerado como el procedimiento más dulce de rendir al contrario (...) Al cabo de dos meses de bloqueo, en la ciudad y en el campo, veíanse a millares de seres vivientes que parecían espectros vivientes y frecuentemente hombres, mujeres y niños morían de hambre en la vía pública. ¡Triste contraste con la condición de aquella guerra, hecha a pretexto de humanidad!”*.
- 26 A + B (1898:84) *“El clamoreo aumentó en beneficio del interés particular, no obstante, de que jamás entró en los ánimos del general Weyler, llevar con rigor esta providencia, justificándolo el que a medida que las tropas avanzaban, se molió en todos los ingenios que quisieron efectuarlo, haciéndose la zafra, cual si hubiera estado en tiempos normales”*.
- 27 Weyler (1909:13) *“Mi relevo se llevó a cabo sin que hubieran pasado los dos años que, al partir para Cuba, dije que necesitaba por lo menos para concluir la guerra; estando ya dominada la insurrección en las provincias de Pinar del Río, Habana, Matanzas y las Villas, y cuando me proponía conseguir lo mismo en el resto de la isla en la campaña de invierno, que entonces iba a emprender, terminada la trocha de Júcaro a Morón, que había prolongado hasta la laguna de la leche, y con la esperanza de que no había desembarcos que no fuesen capturados, por el estado de guerra y de la concentración”*.
- 28 Así el apoyo a la independencia en 1898, según Masó (1998:408), se repartía de la siguiente forma: 30.000 hombres integraban el ejército, 25.000 eran reclutas desarmados, 50.000 personas más eran emigrantes revolucionarios, y 4.000 estaban presos o deportados. Si se sumaban las familias que estaban en la montaña, y los muertos en combate, este autor identifica unos 200.000 cubanos, de un total de millón y medio, mostrando un comprometido respaldo a la lucha revolucionaria. Por su parte Perinat (2003: 349) recoge con incredulidad los datos publicados en *“El Diluvio”* de 3 de marzo de 1898 sobre el número de las fuerzas cubanas. Este diario informaba de la entrevista de un periodista americano con Máximo Gómez realizada el 29 de enero de ese mismo año. Según Gómez sus tropas estaban integradas por un total de 41.000 hombres, de los que 816 eran oficiales. 2.800 en la Habana; 5.000 en Pinar del Río; 6.000 en Matanzas; 6.500 en Santa Clara; 11.500 en Camagüey y 9.000 en Oriente. De estos 18.000 tenían caballos, y 25.000 fusiles. Sean cuales fueran los datos finales, lo cierto es que parece difícil justificar, como hacen los militares españoles, que los insurrectos estuvieran prácticamente vencidos en el momento en que Weyler es destituido.
- 29 La historiografía cubana discrepa de esta opinión de A+B. Las fuerzas cubanas siempre se mantuvieron en un número respetable. Aunque incompleto el dato, el número de bajas cubanas en toda la guerra no superó los 5.000 efectivos. Existen muchas cifras

- encontradas del número de alistados totales, como se ha visto anteriormente. Hay informes que señalan que al final de la guerra se licenciaron unos 70.000 hombres, sin embargo el mismo Máximo Gómez reconoció que como máximo los soldados que sirvieron fueron de unos 50.000. A pesar de ello la cifra posible es poco probable que superara los 30.000. Al final de la guerra se decidió que 33.390 soldados recibieran pensión (HERNÁNDEZ, 1999:87).
- 30 Entre otras véase la síntesis que presenta Balfour en 1997.
- 31 El embajador fue rápidamente cesado y sustituido por Polo Bernabé.
- 32 Kunz (1909:87) da la cifra de 170 muertos y 260 heridos.
- 33 Entre otras en la obra de Gómez Núñez de 1899 se encuentra una buena selección de éstas.
- 34 Kunz (1909:75) añade el siguiente juicio *“La intención de los españoles era mediante la velocidad de sus buques, evitar el combate tanto como fuera posible, no queriendo combatir con enemigo cuya manifiesta superioridad les era bien conocida. Los cuatro acorazados españoles eran más rápidos que los americanos (...) pero como casi todos los maquinistas que tenían los españoles antes de la guerra eran ingleses y escoceses, y al declararse ésta fueron reemplazados por españoles, los improvisados maquinistas no se hallaban en condiciones para el buen desempeño de su misión”*.
- 35 Una de las medidas defensivas que tomó Martínez Campos, y que luego continuó tanto Weyler, como Blanco, fue la mejora de las baterías defensivas de la Habana. En palabras de Gómez Núñez (1899b:113) *“en cuanto a plazas de guerra, puede decirse que sólo merecía tal nombre la de la Habana, y que los demás puertos estaban abiertos a cualquier agresión”*.
- 36 Masó (1998: 401) señala que fueron 28.000 hombres los que lucharon en Cuba.
- 37 *“Todavía el 1 de agosto se encontraron en un buque americano, 40 toneladas de víveres, tiendas, mochilas, etc., pertenecientes a un regimiento de línea, que no se descargaron durante el desembarco. El 18 de agosto se encontró la bodega de un buque que debía llevar tropas españolas a su país, llena de provisiones y forraje de los norteamericanos”* (KUNZ, 1909:39-41).
- 38 Parapetos de madera para protección.
- 39 Villalba (1900:12) señala que *“Si Vara del Rey hubiera tenido fuerza de reserva o recibido refuerzos en ese momento, tomando la ofensiva, hubiera obtenido la victoria”*.
- 40 A juicio de Kunz (1909:56) *“muy distinto hubiera sido el combate, a haber mostrado inteligencia el mando superior español, por lo que a táctica se refiere. El general Linares tenía a su disposición en Santiago por lo menos 6000 hombres, contando además con una parte de la dotación de la Escuadra de Cervera. Dicho general reservó la casi totalidad de estas fuerzas para la defensa de la posición principal de Santiago, empleando únicamente destacamentos en extremo reducidos, para defender los puestos avanzados (...) Debía saber asimismo la obligación que tenía de poner obstáculos al avance de los americanos, a fin de impedirles el aproximarse a Santiago y que pudieran cañonear a la Escuadra y la población, cosas ya posibles desde las alturas de San Juan. Todos sus esfuerzos debieron de tender por consiguiente a conservar tanto como fuera posible estas alturas, y asimismo la posición del Caney”*.
- 41 *“De un total de fuerzas de apenas 20.000 hombres, tenían los americanos el 2 de agosto no menos de 4290 enfermos, entre los que figuraban más de 3000, atacados de fiebre amarilla”* (KUNZ, 1909:79)
- 42 Carr (1990:370) señala que cuando el ejército norteamericano desembarcó en Cuba se percató que cualquier operación militar conllevaba el cincuenta por ciento de bajas por enfermedad.
- 43 Según Masó (1998:405) la rendición de Santiago era lógica después de la derrota de la escuadra. La población no combatiente fue autorizada a abandonar la plaza, pues se esperaba que fuera bombardeada, buscando refugio más de 30.000 personas en los alrededores de la ciudad, en la que había hambre y escasez, cundiendo el desaliento incluso entre sus defensores que se daban cuenta que era imposible resistir.
- 44 Existe bastante polémica en relación a este episodio. Perinat (2003:394) señala que el general Toral convenció a Shafter para que no entregaran a los cubanos a la ciudad, porque éstos habrían asesinado a los voluntarios, y saqueado la ciudad. A pesar de que Calixto García se indignó ante tales acusaciones y protestó, Perinat da crédito a los miedos de Toral, porque una semana después García pasó a cuchillo a 18 guerrilleros al tomar Gibara. Masó (1998:406) por su parte recoge la indignación de García, y explica su dimisión como lugarteniente

- general por no haber sido invitado a firmar la paz. Según Masó, García expuso a Shafter que sus soldados no eran salvajes, pues aunque eran pobres, como lo fueron los de Estados Unidos en su guerra de independencia, no eran capaces de deshonorar el triunfo con actos bárbaros y cobardes. Masó argumenta que la actitud del general estadounidense tenía más que ver con la política de su gobierno, pues no querían interferencias en las negociaciones. Además esa posición se vio reforzada por la actitud española que tampoco estaba dispuesta a reconocer personalidad a los que siempre había tratado como rebeldes.
- 45 Según Efeelee (1901:71) en Puerto Rico había 8.000 soldados regulares y 6.000 voluntarios (aunque la mayoría eran inservibles). Por su parte Kunz (1909:85) cifra las fuerzas españolas en 7.200 hombres
 - 46 Datos extraídos de la obra de Kunz (1909:85) Las siguientes expediciones fueron: 23 de julio desde el puerto de Tampa, 80 oficiales y 2831 hombres, y desde Newport, 70 oficiales y 2558 soldados. 23 de julio desde Newport 145 oficiales y 3581 hombres, y finalmente 10 de agosto también desde Newport 48 oficiales y 1109 soldados (éstos llegaron cuando la paz fue firmada).
 - 47 Efeelee (1901:111) “*No se entregó Puerto Rico como el vulgo cree. Se perdió de hecho y de derecho por el protocolo del 12 de agosto, donde fue acordada su cesión entre los preliminares de la paz. Si acaso podrá imputarse la responsabilidad de su pérdida al Gobierno que aceptó tal pacto, después de haberla dejado desamparada*”.
 - 48 Kunz confirma esta hipótesis (1909:79) “*La escuadra española sucumbió ante la superioridad de las armas americanas, pero el ejército lo hizo ante el hambre*”.
 - 49 El ministro de la guerra sólo reconocía 40.000 hombres en activo según el “Diario de Barcelona” de 29 de noviembre del 1897 (citado por PERINAT, 2003: 335).
 - 50 En opinión de Kunz (1909:90) “*El resultado moral del combate de Cavite fue inmenso. Elevó en alto grado la confianza que en sí mismo tenían los americanos, y destruyó la autoridad moral que ante los ojos de los insurrectos representaban los españoles*”.
 - 51 Por poner un ejemplo el gobernador de la provincia de Cavite reunió a sus fuerzas, y marchó hacia Manila para su defensa, pero batido en varias ocasiones por los insurrectos, y desertándole un regimiento entero de indígenas, cayó prisionero con 1.700 hombres.
 - 52 Según Efeelee (1901:151) “*más de 1.400 desertores, aparte de los 8.000 milicianos*”.
 - 53 La coincidencia en no reconocer a los alzados, sino a los estadounidenses, permite aventurar que los miedos en Cuba al salvajismo rebelde podían no ser sinceros. Es muy posible que los militares españoles reconocieran “más honor” en la rendición ante un enemigo convencional e importante como los Estados Unidos. Ello les permitía mantener la idea de que no habían sido derrotados por los rebeldes.
 - 54 Kunz (1909:93) calcula que entre el 30 de junio, el 16 y el 27 de julio desembarcaron un total de 470 oficiales y 10464 soldados. Toral (1898: 264) realiza un cálculo aproximado y los sitúa entre los quince y los diecisiete mil.

BIBLIOGRAFÍA

- A + B (1898): *Apuntes en defensa del honor del ejército*, Madrid, Tip. Ricardo Fé,
- BALFOUR, SEBASTIÁN (1997): *El fin del imperio español*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- CARR, RAYMOND (1990): *España 1808-1975*, Barcelona, Ariel.
- EFEELÉ (1901): *El desastre nacional y los vicios de nuestras instituciones militares*. Madrid, Imp. del cuerpo de artillería.
- GÓMEZ NÚÑEZ, SEVERO (1899 a): *La guerra hispanoamericana* T.II, Madrid, Impr. del cuerpo de artillería.
- GÓMEZ NÚÑEZ, SEVERO (1899 b): *La guerra hispanoamericana* T.III, Madrid, Impr. del cuerpo de artillería.
- GÓMEZ NÚÑEZ, SEVERO (1899 c): *La guerra hispanoamericana* T.IV, Madrid, Impr. del cuerpo de artillería.
- HERNÁNDEZ, JOSÉ MARÍA. (1999): *Política y militarismo en la independencia de Cuba, 1868-1933*, Madrid, Colibrí.
- JOVER ZAMORA, JOSÉ MARÍA Y GUADALUPE GÓMEZ FERRER (2001): “La política de “recogimiento” y la pérdida de las islas de ultramar”, en Jover Zamora, José María y otros, *España: Sociedad, Política y civilización (siglos XIX-XX)*, Madrid, Areté.
- KUNZ, MAYOR (1909): *La guerra Hispano-americana*, Barcelona, Imp. Vda D. Casanovas.

- MASÓ, CALIXTO C. (1898): *Historia de Cuba*, Miami, Universal.
- MOYA DE, FRANCISCO JAVIER (1883): *Las islas Filipinas en 1882*, Madrid, Est. Tip. del Correo.
- PERINAT, SANTIAGO (2003): *Las guerras mambisas*, Barcelona, Carena.
- PRIMO DE RIVERA, FERNANDO (1898): *Memoria dirigida al Senado*, Madrid, Imp. y Lit. del Depósito de la Guerra.
- PUELL DE LA VILLA, FERNANDO (2000): *Historia del ejército en España*, Madrid, Alianza Editorial.
- SCHEIDNAGEL, LEOPOLDO (1881): *Las colonias españolas de Asia*, Madrid, Imp. de los Sres Pacheco y Pinto.
- TORAL, JUAN Y JOSÉ (1898): *El sitio de Manila. Memorias de un voluntario*, Manila, Partier.
- VILLALBA RIQUELME, JOSÉ (1900): *Táctica de las tres armas*, T.III., Toledo, Imp., Lib., y Enc. de Rafael Gómez Menor, 6ed.
- WEYLER, VALERIANO (1909): *Mi mando en Cuba* T.I., Madrid, Imp. Felipe González Rojas.